C U A D E R N O S

DE

ÁGORA



Números 9-10 Julio-agosto 1957

COLABORAN.—José Luis Hidalgo, María Alfaro, Fray Casto del Niño Jesús, María de los Reyes Fuentes, Luis López Anglada, Manuel Alcántara, Mercedes Saorí, Julio Mariscal Montes, F. Michel-Marie de la Croix, Allen Tate, José Agustín Goytisolo, Federico García Lorca, Antonio Machado, Rafael León, Manuel Mantero, Medardo Fraile, M. García Viñó, Joaquín Benito de Lucas, F. Jerónimo de San Josef, José Marti, Concha Lagos.

Notas críticas de José Hierro, Luis Jiménez Martos, José Gerardo Manrique de Lara y Eladio Cabañero.

SUMARIO

Páginas

Dibujo, *Molina Sánchez* 3
DOS POEMAS INACABADOS, *José Luis Hidalgo.* 4
DESTINO DE LORD BYRON, *María Alfaro* 6
OTRA VEZ..., *F. Casto del Niño Jesús* 7
DE MÍ HASTA EL HOMBRE, *M.ª de los Reyes Fuentes* 8
FIERAS DEL ZOOLÓGICO, Luis López Anglada .. 10
SONETO PARA PEDIR PERDÓN, *Manuel Alcántara* 11
DÍA DE PRIMAVERA, *Mercedes Saorí* 12
EUNUCO, *Julio Mariscal Montes* 13

...Pasan a nuestra lengua la extranjera (Lope de Vega):

ORACIÓN A SAN MIGUEL, *Michel-Marie de la Croix* 14
LUZ, *Allen Tate* 15

COMO EL ÁGUILA, *José Agustín Goytisolo* 16
ARTE POÉTICA, *Federico García Lorca* 18

ANTONIO MACHADO:

CANCIONES (facsímil) 20
Fotografía 21

SUJETOS AL AMOR, *Rafael León* 22
SONETO, *Manuel Mantero* 23
EL PRESO, *Medardo Fraile* 24
NOCTURNO, *García Viñó* 27
ENCUENTRO, *Joaquín Benito de Lucas* 28

Y escucho con mis ojos a los muertos (Quevedo):

LA ROSA Y EL RUISEÑOR, *Fray Jerónimo de San Josef* 30
[SI VES UN MONTE...], *José Martí* 31

CARTA A MANUEL ALCÁNTARA, *Concha Lagos.* 32
CRÍTICA DE LIBROS 34

Toda la correspondencia a

CONCHA LAGOS

José Antonio, 31 - Madrid

Teléfs. 470683 y 228970

C U A D E R N O S

DE

ÁGORA



Números 9-10 Julio-agosto 1957

EDITA

CONCHA LAGOS

Director: EMILIO GONZÁLEZ NAVARRO

CONSEJO DE REDACCIÓN

GERARDO DIEGO
JOSÉ GARCÍA NIETO
JOSÉ HIERRO
JORGE CAMPOS


MOLINA SANCHEZ

DOS POEMAS INACABADOS

(Estos versos han sido copiados de un cuaderno manuscrito, conservado después de la muerte del poeta.

Pertenecen, como puede verse, al ciclo de "Los Muertos". Ágora considera—a pesar de su fragmentarismo, a pesar de que José Luis Hidalgo no los terminó por causa de su enfermedad, o acaso porque no le satisficieron plenamente—que estos esbozos tienen la suficiente belleza e interés para justificar su publicación, sin menguar por ello la gloria del poeta.)

MI voz es de los vivos, de los que nada saben.
Puede decir de amor y acaso sin saberlo
decir de un hombre triste que de pronto atardece,
que ha tocado esa orilla donde se enfría el tiempo.

¿Por qué hablo así, Dios mío? Acaso eres tú solo
quien escucha en lo alto con los ojos abiertos.
Acaso las semillas humanas que sembraste
han de regarlas siempre los ojos que no tengo.

II

NO buscaré ya nunca lo que tanto he buscado;
mi juventud se quema cuando en la noche velo.
Lo que nunca he sabido acaso Dios lo sabe;
me encuentro con mi carne como con un misterio.

Veo pasar los años,
veo pasar insomne los pájaros del tiempo.

Veo pasar los años inacabablemente:
rebaño milenario perdido en el desierto.
Y pienso si la muerte será un pájaro oscuro
que se posó en mi alma cuando nació mi cuerpo.



JOSÉ LUIS HIDALGO

DESTINO DE LORD BYRON

(A la memoria de Clemencia Miró.)

I

LA calavera que en las nobles manos
del Lord es copa, grita:
«No te asustes, no pienses que estoy loca...»

II

Abadía de Newstead.
Byron pasea su melancolía
por la orilla del lago.
Los juncos amarillos, macilentos,
inclínanse a su paso.
Estira un cisne el arco de su cuello;
muerte, responso y llanto.

III

Mary: graba en tu mente
el dulce paraíso que has perdido;
no volverás a ser
la musa de los sueños favoritos.
Un nuevo sol enciende
llamaradas de amor en su camino.
Inglaterra maldice
al poeta que cumple su destino.

IV

Isla de Malta, Italia...
Cielos clementes, ya desvanecidos.
El aire griego sorbe
en Missolonghi un último suspiro.

MARÍA ALFARO

OTRA VEZ...

(En el ejemplar de "Obra Poética", de J. M., que posee V. A.)

OTRA vez, tarde, vienes
y otra vez te detienes

indecisa en el aro
de un horizonte claro.

Esperanzada tarde,
cuán tiernamente arde

tu ser hecho de sueño
y de aroma de leño.

Me desconsuela el día,
no tu melancolía;

pues su esencia es quedar
y la tuya, pasar.

Tú pasas y yo estoy,
pero tú mueres hoy

para volver mañana
con nuevos cielos grana,

como yo sé que paso
de la luz al ocaso

para de nuevo ser
en otro amanecer.

FRAY CASTO DEL NIÑO JESÚS, O. C. D.

DE MI HASTA EL HOMBRE

Y los hijos,
como un inmortal puente,
como un puente infinito,
de nosotros al sueño por los hijos
de los hijos.
Esa resurrección abierta, llama, grito,
bandera de la tierra,
monumento firmísimo.
¡Los hijos, nuestros hijos!
Éste es mi himno, hombre, éste es mi himno:
decirte que me cantan desde niña
mis hijos, nuestros hijos,
los hijos que escalaran tu soberbia,
el orgullo que bebes en ti mismo,
que agotaran el mar que te rebosa
por los acantilados de tu sino.
Se les roba a los ángeles la dicha,
se muerde la raíz del paraíso,
se hace séptimo día de la gloria
de tenderle al futuro sus abismos,
y florecen tus hijos, nuestros hijos,
cascada de mi entraña,
torrente poderoso, precipicio
hacia el que hundir mi prisa
de ternura, cariño,
la impaciencia de madre desde siempre,
desde que yo era niña y tú eras niño.
Oh tú, rey de mi vida,
al que le abrí mi muerte en la esperanza
de soñarte y soñarme por los hijos,
los hijos de tu casta y de mi casta,

de esta pasión que firma el elegido
concordato de amor, de angustia, de
esta locura de vivir a filo
de tu boca y mi boca, dueño mío,
que a más de esclavizarme por tu imperio,
podrías poseerme por tus hijos,
mis hijos, nuestros hijos,
con ojos de colores,
con aires como el tuyo o como el mío,
conjunción o distinta planta nueva
levantada hasta el sol por nuestros signos,
y el árbol así y el libro,
como este árbol-libro-hijo
que implanto, trazo, sueño
al pedestal de ti, porque te quiero
querer como a la sangre de mis hijos.



MARÍA DE LOS REYES FUENTES

FIERAS DEL ZOOLOGICO

(Se comenta un verso de V. Aleixandre: "Tigres del tamaño del odio".)

¿DEL tamaño del odio? ¡Oh desventura!
Del peso y del color de la tristeza
aquí tienen rugidos y fiereza
el tono de la pena y su figura.

Crespas melenas hunden su hermosura
en cárceles de yeso y de pereza
y donde acaba cada jaula empieza
la fiereza del hombre y su amargura.

Ellas, no; sin pasión, elementales,
viven su soledad los animales,
crueles, sí, pero tristes, pero presos,

pero puestos al margen de la vida,
casi humanos los ojos, casi hundida
la pena de vivir hasta los huesos.

LUIS LÓPEZ ANGLADA

SONETO PARA PEDIR PERDÓN

VEAN que el hombre es ciego y viene un viento
y yo no sé qué pasa que se queda
suplicando una mano, una moneda,
una mirada cerca de su aliento.

Cada vez que me miro me arrepiento.
La vida, ya se sabe, siempre enreda.
Total: que es muy difícil que uno pueda
ir más allá de su arrepentimiento.

Vean que el hombre es ciego y, de improviso,
pierde pie, corazón, o mano izquierda,
y acaba resbalando en lo más liso.

Puede pasarle a todo el que camina.
Puede pasarle, incluso, que se pierda,
sin ir más lejos, al doblar la esquina.

MANUEL ALCÁNTARA

DÍA DE LA PRIMAVERA

NO basta que los años repitan desde siempre,
desde edades remotas, el triunfo de este día.
No basta que otros hombres, multitud de otros hombres,
lo hayan cantado antes de manera distinta.

Es todo nuevo bajo el sol. Sabedlo.
Preciso es que ahora sea yo misma quien lo diga.
Jamás nadie ha podido sentir lo que yo siento,
amar lo que yo amo, vivir lo que es mi vida.

Hay un trozo de vida, un trago, un sorbo
de vida en cada boca, y hiere las pupilas
de cada ser humano una luz nueva
y un deseo incambiable en cada ser habita.

Una vida se vive a solas y una
muerte se muere a solas. Con mi vida
y con mi muerte en brazos, ahora digo
el inédito canto de este día.

Que están bajo la tierra las raíces
viejas, y el agua humilde, y las semillas
pequeñas, inventando la nueva vestidura,
la seda, el raso, para flores aun no nacidas.

Y está bajo la tierra la esperanza,
sobre la tierra flota la esperanza, la mía,
la porción de esperanza que toca a cada uno,
que cada uno busca con ansia enceguecida,
palpando su tiniebla dolorosa
con las manos sangrando de alegría.

MERCEDES SAORÍ

EUNUCO

SE apretaba las ingles
pensando avispas, toros de deseo.
Y eran mariposillas bobas,
«salivillas de marzo»,
todo lo más
picardía de niño sin escuela...

Se miraba la sombra, se veía
la enorme, la imponente
montaña de su carne, que atronaba
el águila real de la lujuria.
Y era carne sin luna, donde el rojo
de la sangre, tan sólo purpurina.
Se sentía, de pronto,
garañón para noches deslumbrantes,
mientras sus labios gordos, brutalmente,
descortizaban pomas de pureza.

Pero no, no era así:
como una nuez vacía,
como una flor de trapo,
como un vano
castillear al aire de los sueños,
tenía que morderse,
y volverse de cara a la pared,
y hacerse
eternamente virgen,
aunque el relincho del deseo
atronara la tarde.

JULIO MARISCAL MONTES

(Francia)

ORACION A SAN MIGUEL

ASCENSIÓN en un alba de rumorosa luz,
creía yo...
Vuelo de plomo fué bajo un cielo de caos.
La presunta embriaguez del batir de las alas
se mudó en una masa de palpables tinieblas.

¡No cedas!—*desafían el ojo y la mano,*
y el hielo destellante recubre las entrañas—;
¡no cedas que al final de este efímero instante
tú serás el relámpago eterno
y esta hora que pasa no es más que loca espera,
Cayendo estás: arráncale su máscara al Instante
y gusta desde Ahora tu sombría grandeza.

Mas el corazón siente en sus abismos la amargura de un
fruto de muerte.

Pero el corazón, de acuerdo con el nombre profundo que le
fué dado,
adivina bajo su fúnebre latido
el ondear dorado de una sombra de luz,
ala de zafir,
voz portadora de ecos de una patria que lloro...

Hermano, abrázame y respira sobre mi rostro yerto.
Viva llama, vibrando a la armonía del Altísimo Silencio.
En la quebrada abierta en mí por la Nada,
asciende como cántico de amor.
Gran Hermano, inmenso corazón al Don acordado,
de los coros concertador,
del abismo vencedor,
ilumine mi noche el centelleo de tu alegría multicolor.

(Traduce F. C. del N. J.)

F. MICHEL-MARIE DE LA CROIX, O. C. D.

(Norteamérica)

LUZ

ANOCHE huía, hasta que llegué
a calles donde ventanas manantiales goteaban
rancia luz del cuerpo de la llama.
Nerviosa sangraba una ventana.

Guirnaldeaba la luna en el aire.
Desde la niebla, una muchacha lanzaba
la saliva de su canto. Una luz ronca
manchaba la bruma con su espesa cabellera.

En una torre remota, húmedas campanas
liberaban bruscas la garganta de Dios.
Me incliné hacia la noche erguida,
muerto como la dura hierba del césped invernal.

Más tarde, con la indolente energía
de un sueño, la acuciante maldición
de un ojo frío, único,
en el precipitado coche fúnebre

(Traduce Hardie St. Martin.)

ALLEN TATE

COMO EL AGUILA

A Vicente Aleixandre.

EL conocía el sitio
en donde todos los caminos que siguen los poetas
se unen, él sabía el lugar exacto.

Allí construyó su casa, alzó los estandartes
de su poesía y de su permanencia.
Luego, fundó un diván,
al que dió su largura inacabable.

Tendido, dejó su fantasía en libertad,
y sometió el trabajo de su mano de rey
a una austera y terrible penitencia.

Mientras tanto, el mundo se iba renovando con él,
y hubo gritos, y fuego, y reuniones,
y cuando todo concluyó, él estaba
dolorido y sonriente por encima del odio.

De nuevo
los poetas se pusieron en marcha,
y a su casa fueron llegando.
No se recuerda que ninguno
se quedara sin conocer su voz,
su aliento de franca bienvenida
en el reposo de la biblioteca.

En los manuales, en las historias y en el paraíso,
tuvo un lugar considerable,
y su apellido ya campea
en las generaciones y países.

Cada vez de cristal más diáfano,
sigue bebiendo de su propia copa,
y saluda, saluda su alegría,
al tiempo y los viajeros.
Allí le encontraréis, poetas, en su torreón
sobre el camino, en su diván
de plumas y de piedra, sonriendo,
sonriendo eternamente,
sonriendo.



JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO

ARTE POÉTICA

UN poeta tiene que ser profesor en los cinco sentidos corporales. Los cinco sentidos corporales, en este orden: vista, tacto, oído, olfato y gusto. Para poder ser dueño de las más bellas imágenes tiene que abrir puertas de comunicación en todos ellos y con mucha frecuencia ha de superponer sus sensaciones y aun disfrazar sus naturalezas.

LA grandeza de una poesía no depende de la magnitud del tema, ni de sus proporciones ni sentimientos. Se puede hacer un poema épico de la lucha que sostienen los leucocitos en el ramaje aprisionado de las venas, y se puede dar una inacabable impresión de infinito con la forma y el color de una rosa tan sólo.

EL poeta que va a hacer un poema (lo sé por experiencia propia) tiene la sensación vaga de que va a una cacería nocturna en un bosque lejanísimo. Un miedo inexplicable rumorea en el corazón... El poeta debe llevar *(a ese bosque)* un plano de los sitios que va a recorrer, y debe estar sereno frente a las mil bellezas y las mil fealdades disfrazadas de belleza que han de pasar ante sus ojos. Debe tapar sus oídos como Ulises frente a las sirenas, y debe lanzar flechas sobre las metáforas vivas y no figuradas o falsas que le van acompañando. Momento peligroso si el poeta se entrega, porque como lo haga no podrá nunca levantar su obra... Hay a veces que dar grandes gritos en la soledad poética para ahuyentar los malos espíritus fáciles que quieren llevarnos a los halagos populares sin sentido estético y sin orden ni belleza.

LA naturaleza que salió de la mano de Dios no es la naturaleza que debe vivir en los poemas.

EL estado de inspiración es un estado de recogimiento, pero no de dinamismo creador. Hay que reposar la visión del concepto para que se clarifique. No creo que ningún artista trabaje en estado de fiebre... Se vuelve de la inspiración como se vuelve de un país extranjero. El poema es la narración del viaje. La inspiración da la imagen, pero no el vestido *(del poema)*.

SI es verdad que soy poeta por la gracia de Dios—o del demonio—, también lo es que lo soy por la gracia de la técnica y del esfuerzo, y de darme cuenta en absoluto de lo que es un poema.

LA misión del poeta es ésta: animar, en su exacto sentido; dar alma... Pero no me preguntéis por lo verdadero y lo falso, porque la *verdad poética* es una expresión que cambia al mudar su enunciado. Lo que es luz en el Dante puede ser fealdad en Mallarmé.

LA realidad visible, los hechos del mundo y del cuerpo humano, están más llenos de matices, son más poéticos, que lo que ella descubre. Esto se nota muchas veces en la lucha entablada entre la realidad científica y el mito imaginativo, en la cual vence, gracias a Dios, la ciencia, mucho más lírica mil veces que las teogonías.

NI el poeta ni nadie tienen la clave y el secreto del mundo.

HAY dos maestros: Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez. El primero, en un plano puro de serenidad y perfección poética. Poeta humano y celeste, evadido ya de toda lucha, dueño absoluto de su prodigioso mundo interior. El segundo, gran poeta turbado por una terrible exaltación de su yo, lacerado por la realidad que lo circunda, increíblemente mordido por cosas insignificantes, con los oídos puestos en el mundo, verdadero enemigo de su maravillosa y única alma de poeta.

POESÍA es una palabra a tiempo.

LA verdadera poesía es amor, esfuerzo y renunciamiento. Cuando la poesía se llena de trompetas y colgaduras se convierte la academia en casa de trato. Yo sólo te sé decir que odio el órgano, la lira y la flauta. Amo la voz humana. La sola voz humana empobrecida por el amor y desligada de paisajes *que matan*. La voz debe desligarse de las armonías de las cosas y *del concierto de la Naturaleza* para fluir su sola nota. La poesía es otro mundo. Hay que cerrar las puertas por donde se escapa a los oídos bajos y a las lenguas desatadas. Hay que encerrarse en ella. Y allí dejar la voz divina y pobre, mientras cegamos el surtidor. El surtidor, no... Cuando digo voz quiero decir poema. El poema que no está vestido no es poema, y como el mármol que no está labrado no es estatua... Yo me admiro cuando pienso que la emoción de los músicos (Bach) se apoya y está envuelta en una perfecta matemática... Así pienso de la poesía. Y, sin embargo, creo que todos pecamos. Todavía no se ha hecho el poema que atraviese el corazón como una espada.

(TEXTOS SELECCIONADOS POR PABLO CORBALÁN.)

FEDERICO GARCÍA LORCA

Cantares.

Señor, me cansa la vida,
tengo la garganta seca
de gritar sobre los mares,
la voz de la mar me ahoga.
Señor, me cansa la vida
y el universo me ahoga.
Señor no dejarte solo
solo, con el mar a solas.

—

Tú y yo jugando estamos
al escondite, Señor,
y la voz con que te llamo
es tu voz.

—

Ya hay un español que quiere
vivir y a vivir empieza
entre una España que muere
y otra España que bosteza.
Español de ese que vienes
al mundo, te guarde Dios!
Una de las dos Españas
te ha de helar el corazón.



ANTONIO MACHADO

SUJETOS AL AMOR

SI pudierais quemar en vuestra sangre
una resina aún más ardiente, las columnas
del amor saltarían violentas.
El peso de los cuerpos, tras el final abrazo,
más ligero sería que vuestros corazones,
más levadizo aún al entregaros.
Vuestra bandera alzáis
hacia donde ha crecido el aire de la tarde
y rompe el corazón sus muros;
hacia donde su consistente piedra
cede a vuestro castillo.
Obediencia continua, respuesta
todas las cosas son
para quienes su infierno construyen y su gloria.
Pues todo os lo ilumina la ternura
y cuanto lleva escrito vuestro sello os levanta.

RAFAEL LEÓN

En que recelo yo tener la lucha por perdida y termino contando a Dios de la poca cosa de mi pecado

CON mi pecado mala bofetada
te di, Señor. Tu guante solitario en el suelo
me dice cuánto quieres pugna y duelo
para dejar la mancha bien lavada.

Combate tal rehuyo. Sujeta, maniatada
está mi voluntad por mi recelo.
Tus ángeles padrinos no vengan más de vuelo,
que ni a pistola lucharé ni a espada.

Oportunos ratones de perdón y ternura
cómanse el queso agrio de tu ira,
quítenle a tu clamor la ce y la ele.

Desafíos contigo son locura...
¿Cómo a tanto llegar, si de mentira
la bofetada fué, pasó y ya no te duele?

MANUEL MANTERO

EL PRESO

(CUENTO)

EL preso estaba en su celda, en el último piso de la cárcel. Era después de comer, en las primeras horas de la tarde, cuando los cautivos echan de menos el café de la esquina, el puro, la familia, el programa de radio. Estaba nevando. El preso Jeremías bostezaba con lentitud morosa, en su celda, mirando a través de los barrotes del ventanillo los copos de nieve. Jeremías era un preso inocente, pequeñajo y delgado. Los otros le llamaban el preso del tulipán. No porque se adornase con esa flor o con otra, sino porque entre ellos se ponían motes que eran como títulos de nobleza. Había así, por ejemplo, el preso del robo de la carnicería y el preso del robo de la joyería. Y también estaban, bien diferenciados, el preso de crimen de hotel y el preso de crimen de choza. Jeremías había sido un pobre infeliz que se encontró una vez un tulipán magnífico. Lo cogió del suelo, con alegría, pensando regalárselo a una criatura angelical, rubia, que vivía enfrente de su casa y con la que le gustaba hablar. Al ofrecérselo, a ella le pareció tan hermoso, que se negó a aceptarlo. Creyó que no era digna de aquella flor. Jeremías insistió varias veces, y luego, con el deseo de que se divirtiese y cambiara de parecer, le dió golpecitos con el tulipán, cada vez más alegre y de prisa, por las manos, los brazos y los hombros. No sabía que la flor, tan hermosa por fuera, encerraba en su globo de pétalos una enfermedad horrible. Aquel tulipán, en su interior, había segregado una gran piedra como un cáncer. O, tal vez, un joyero arruinado y resentido era el que había engarzado en la flor ese pedrusco vulgar dejándola luego, como una burla, en medio de la acera. Jeremías, divertido, dió un golpe en la cabeza a la muchacha. Y su cabeza rubia, tan frágil, se abrió en dos al golpe del tulipán. Y en seguida murió. Por eso fué a la cárcel el pobre Jeremías, que lloró sin consuelo aquella desgracia, y por eso en la cárcel sus compañeros le llamaron así: el preso del tulipán. Iba, como todos, con traje a rayas, con ese aire gris de todos los presos. Y tenía a la espalda un número: el 665. Su compañero de fila—666—era un gran cri-

minal, gordo, grande como Nerón, sin respeto a Dios ni a los santos y se mofaba y se reía de su compañero con tremebundas carcajadas que ponían a Jeremías la carne de gallina.

Pero aquella tarde estaba nevando y Jeremías miraba por el ventanillo los copos blancos de nieve. "¡Si tuviera un periódico para leer!", pensaba. Había oído muchas veces con envidia vocear los periódicos a los vendedores. "¡O si tuviera un libro! ¡Notaría menos el frío, quizá!" Pero en su celda había sólo un duro camastro, un cantarillo con agua y un trozo de pan. En realidad no se comía mal en la cárcel, pero cada preso tenía pan y agua, porque el director cuidaba los detalles que dan a las celdas un aspecto cruel. Jeremías bostezaba con generosidad, poniendo toda su alma inocente en el bostezo, y se aburría mucho. Un pájaro vino a posarse en el ventanillo. Esto era corriente, sobre todo en primavera y verano. Se fijó en la visita: una nevatilla, llamada también lavandera, tal vez por su aspecto lamido y sus intenciones limpias. Jeremías se quedó quieto y el pajarillo le miraba con interés meneando su cola arriba y abajo. No sólo no tenía miedo mirando al preso, sino que saltó al suelo de la celda con la mayor soltura, porque la nevatilla tenía su idea. Casi la misma que le surgió de pronto a Jeremías. La estaba mirando, y al ver sus colores blanco y ceniciento y sus alas con rayitas blancas, se le ocurrió que el pájaro aquel tenía aspecto de preso: un preso nervioso y pequeñín. Y la nevatilla, mirando a Jeremías, pensaba que el hombre aquel, menudo, grisáceo, con esas rayas que le veía en los costados, podía ser muy bien un pájaro de su ilustre familia, los Motacílidos. Y se tomaron gran simpatía y jugaron a ser compañeros. La pajarita daba saltos formando un círculo dentro de la pequeña celda, y Jeremías, detrás de ella, daba saltitos imitándola, muy divertido. Así estuvieron qué sé yo el tiempo, y Jeremías no se cansaba, sino al contrario: cada vez se encontraba más ágil y con menos peso. La nevatilla saltó de pronto, volando, al ventano. Y Jeremías, como si nada, saltó detrás. Vió que los barrotes del ventano eran mayores que él y comenzaron a mirarse, a la misma altura, el hombre y el pájaro. La pajarita, con ademanes tajantes, invitaba a Jeremías a hacer su primer vuelo. Porque él se había convertido en un pájaro gemelo a ella. Y Jeremías voló, en efecto, porque ya era un pájaro.

Hecho este milagro sencillo, la nevatilla volvió a la celda y se quedó allí pensando alguna cosa, jugando a cumplir condena tal vez, o, simplemente, sustituyendo un rato a Jeremías. Cuando se hartó, pasó a la galería atravesando la reja de la puerta. Con aire pedante y satisfecho—como si fuera con las manos atrás—llegó hasta Federico, cancerbero terrible que estaba sentado, lleno el vientre de llaves, en la galería, a un extremo,

en un sillón de mimbre desfondado. Se quedó un rato mirándole: era gordo y con la cara encendida como grana y tenía los ojos saltones, con la mirada más que feroz llena de miedo, de un miedo feroz. Federico, al verla llegar, pensó "¡Vaya! ¡Este pajarito no tiene miedo!" Y la miraba sin saber qué hacer. Pero como no tenía hijos, ni esposa, ni sobrinos —únicamente presos—, pensó que el pájaro aquel no le servía de nada. Y, al fin, dándole vueltas a su pesado caletre, tuvo una idea: él, que se pasaba la vida encerrando seres, tendría esta vez el gusto de otorgar a un ser la libertad. En efecto, tendió su mano abierta hacia la pajarita. Ella saltó a la mano con indiferencia, sin escrúpulo alguno. El carcelero, renqueando, se levantó del sillón y encarriló sus pasos a la baranda del patio. Desde allí se veía el cielo lleno de nieve. Se dió con la mano un golpe en el brazo en que llevaba el pájaro, gritando: "¡Vuela!" Y la nevatilla se fué por los aires.

"¡Vuelve, vuelve!", gritó el guardián de pronto, arrepentido y medroso. Había visto con temor las rayas que el pájaro tenía en las alas y dijo para sí que podía ser un preso al que había soltado sin permiso. Porque el cancerbero veía, naturalmente, que volaba un pájaro, pero creía en los seres encantados, y aquel volátil se le antojó demasiado seguro de si mismo, tal vez un pájaro de cuenta. La nevatilla que había libertado a Jeremías, el preso del tulipán, volaba rauda y alegre y es claro que no pensó ni un instante volver a las garras de Federico. Buscó entre la nieve el camino del sol que saben, para calentarse, los pájaros buenos que han hecho en su vida cosas un poco milagrosas. Casi nada: ¡reducir el tamaño de un preso y enseñarle a volar...!

NOCTURNO

LA tarde fué dejando su pulso por los árboles.

Apagada y vencida
puso su corazón sobre la fuente seca
donde un ángel de niebla lo sepulto sin música
¿Qué fantasmas de asombro poblarán este culto
cementerio de risas
y estrellas
y perfumes?

El misterio penetra las cosas, las deshace;
se erige soberano
total e ilimitado
sobre un mundo de sombra y minerales.

Suena un eco de abismo y en el reloj del cielo
un gigante acompasa silencios y planetas.
Se estrecha el horizonte.
El viento borra huellas, senderos y fronteras.
Sólo un trono de angustia se erige sobre el frío.

Hay voces que reclaman perdidas esperanzas
y dedos que señalan un jardín inasible.

¿Dónde el grito brutal que exige y comunica?
¿Dónde los labios, dónde las raíces?

Sobre el áspero vértice del espanto y el ansia
el hombre queda solo.

Hasta esta soledad se llegará la muerte
y romperá las cuerdas del telón y del ancla.

M. GARCÍA VIÑÓ

ENCUENTRO

ESTABAS como todas, esperando
que llegase el amor, en la ventana
del tiempo. Yo esperaba
que me llegase el tiempo de amar;
y de repente,
a un mismo tiempo se nos abrió el día.
Dejaste de hilvanar las ilusiones
a mis espaldas; todo desde entonces
fué de los dos y lo llamamos nuestro.

Desde entonces conozco los secretos
que aún no me has confesado
por dejación, por negligencia sólo.
Y adivino gozoso
que al despertarte esperas
verme nacer de nuevo
como la luz del alba.
Porque tú cada día, desde entonces,
me conoces, me habitas
por vez primera siempre;
oficio de tu pecho
de amar cada mañana
lo que ayer no existía;
eterna enamorada
de veinticuatro horas,
cada día naciendo
para mi amor tan sólo.

Desde entonces
conozco de tus ojos la fría indiferencia

de los que nada tienen
que ver. Pero me viste.
Tuvimos esa suerte
los dos.
Qué dulce ha sido todo
después, qué lentamente
nuestra palabra, en balde,
fué dando confianza al pensamiento.
Cómo supimos recoger la aurora
que nos nacía en el pecho, en la garganta,
con los brazos abiertos como ansiosos
de luz, esperanzados
de hacerla sólo nuestra.

Ya todo está resuelto en nuestras vidas;
dimos a la ilusión su medio justo
y el resto
se lo entregamos al amor.
Esperas
que mi voz de varón deshabitada
te pida realidad para otro sueño,
que te convoque en breve
ante su grande plaza de pueblo. El pregonero
te explicará todo el asunto gratis.
Te dirá que eres tú la que ha buscado
desde hace tanto tiempo,
a voces por las calles de otros pueblos.
Y que hoy recuperada del olvido
de lo que no se sabe su existencia
te quedarás con él hasta que enciendas
el horizonte de su vida a besos.

LA ROSA Y EL RUISEÑOR

AQUELLA, la más dulce de las aves,
Y ésta, la más hermosa de las flores,
Esparcían blandísimos amores,
En cánticos y en nácares süaves,

Cuando suspensa entre cuidados graves,
Un alma, que atendía sus primores,
Arrebatada a objetos superiores,
Les entregó del corazón las llaves.

Si aquí, dijo, en el yermo de esta vida,
Tanto una rosa, un ruiseñor eleva,
Tan grande es su belleza y su dulzura,

¿Cuál será la floresta prometida?
¡Oh dulce melodía, siempre nueva!
¡Oh siempre floridísima hermosura!

FRAY JERÓNIMO DE SAN JOSEF

SI VES UN MONTE...

Si ves un monte de espuma,
es mi verso lo que ves;
mi verso es un monte y es
un abanico de plumas.

Mi verso es como un puñal
que por el puño echa flor;
mi verso es un surtidor
que da un agua de coral.

Mi verso es de un verde claro
y de un carmín encendido;
mi verso es un ciervo herido
que busca en el monte amparo.

Mi verso al valiente agrada;
mi verso breve y sincero
es del color del acero
con que se funde la espada.

JOSÉ MARTÍ

CARTA A MANUEL ALCÁNTARA

TE escribiré esta carta para estar en tu tiempo;
para que sepas de mi barca
en el punto del río que nunca navegaste,
porque las aguas siguen la corriente
y tú has llegado
en otro plazo de la orilla.

No creas que es cosa fácil.
Sabes que la memoria se me va no sé adónde
y me pierdo de un lado para otro
sin alcanzarme nunca.
(También es agua de pasar y pasar,
esto del pensamiento.)

Mira cuánta amistad en nuestras redes
y peces de colores,
que se nos quedan de milagro.

Te lo digo, Manuel, en este punto y hora
en que el remanso crece
y ensancha la ribera para llevarnos lentos
a un paisaje más todo.

Compañero de fugas, amigo de silencios,
de sabernos estar.
Me incorporo a tu agua porque te siento río,
pero mi barca con arena de tiempo
(a veces se me vara).
—Ya sabes algo de esto aunque tu tiempo es joven.

No hablemos del principio.
Esto sí lo diría de memoria;
con memoria de infancia.
Hoy no quisiera hablarte de mi barca en comienzo
ni acaso del después.
Si hubiera sido un árbol, qué fácil el relato.
Todo casi una línea
«viento», «pájaro», «espacio»...
Pero una barca es torpe,
y no siempre sus remos calan hondo.

¡Qué nuevo por el tiempo!
En tu espejo me miro
y pienso que esta barca casi pudo ser cuna.

Te hablaré de mis versos.
De mi «Luna de enero» ya para siempre allí.
También quisiera ahora hablarte de las cosas
que no se dicen nunca. Gritarte, así, de pronto:
«¡Escucha!»
Que escucharas con ojos lo que dentro navega
acaso lo que vuelve,
porque algo
tiene que volver
para que todo siga,
y las flores de trapo tengan al fin jardines.

Es mejor que no hablemos.
Tirando de la brida aquí está este presente
tirando del ahora, encendiendo su instante.
Yo quiero resguardarlo de toda indiferencia
porque me está naciendo para un mañana nuevo
donde ya lo incorporo.
(Retrato que nos plasma la sonrisa hasta siempre.

Para estar en tu tiempo te escribo estas palabras
para cuando del todo la barca se me vare
y encuentres mi pañuelo por juncos de la orilla
con la inicial en blanco.

CONCHA LAGOS

Crítica de libros

PAISAJE CON FIGURAS, *Gerardo Diego.* Col. "Juan Ruiz". 1956.

El Premio Nacional de Poesía 1956 le fué otorgado a Gerardo Diego por este *Paisaje con figuras,* Representa cuarenta años de actividad lírica, granados en una obra gigantesca (sumemos, a los libros publicados, unos quince más, aún inéditos). Con su generalato poético merecidamente alcanzado, Gerardo Diego sigue en la brecha, juvenil y entusiasta. Leemos sus libros con la inquietud y la avidez con que se lee ese "segundo libro del joven poeta recientemente revelado".

Su obra está presidida por la sorpresa. No nace ésta de un cambio más o menos radical de actitud. Hay poetas — Alberti — o pintores —Picasso—cuya obra es un prisma formado por ciclos (piénsese en la distancia que hay de *Marinero en tierra* a *De un momento a otro,* pasando por *Sobre los Ángeles)* tan desemejantes entre sí, que casi podría decirse que cada uno constituye la negación de los demás. Hay otros — Aleixandre o Vázquez Díaz—de línea ascendente. Son ríos que avanzan transformándose paulatinamente. Cada etapa está implícita, acaso sin desarrollar, en la anterior. (¿No son *La Destrucción o el Amor, Sombra del Paraíso* e *Historia del Corazón,* el mismo árbol en primavera, en verano y en otoño?)

Unos y otros sorprenden por las causas aludidas. Pero esto no ocurre en Gerardo Diego (como no ocurre en su paralelo Cossío). Admitida la naturaleza bifronte de su poesía, observamos que esta doble línea se mantiene, invariable, a lo largo de toda su vida. Y, sin embargo, existe sorpresa. ¿En qué consiste?

La primera mitad de la sorpresa no está buscada conscientemente por el poeta. Se debe a que, en una etapa plenamente romántica, como la actual, él es un poeta clásico. No se entienda por clasicismo el empleo de metros tradicionales, sino una actitud consistente en situarse ante la vida para transformar el mineral que ofrece y fabricar con él el poema. El resultado es una estatua, no un pedestal para mostrarse desde él el poeta. Gerardo Diego, como clásico que es, se mueve por impulsos externos. Todo le solicita y atrae con la misma fuerza, porque el asunto no es nada y el poema, todo.

Es decir, que—para que se produzca la segunda mitad de la sorpresa, la que no depende de situaciones pasajeras—el lenguaje lo es todo. Sólo admitiendo eso, admitiendo que nada es superior jerárquicamente a nada hasta que la palabra lo ha empapado de magia, puede comprenderse el poema de circunstancias. El poeta de hoy que habla despectivamente del poema de circunstancias olvida frecuentemente que ése es el signo de nues-

tra poesía del Siglo de Oro. El poema clásico, como en la metáfora orteguiana, no es la ventana abierta al paisaje, sino el cristal mismo. Clasicismo y Creacionismo se aproximan en este punto. Uno y otro son cuestión de imaginación por la palabra. Gerardo Diego, clásico por espíritu, creacionista por vocación, logra ese mundo donde lo objetivo se hace subjetivo, un mundo presidido por la maravillosa invención.

Metáforas e imágenes, ritmo, sonoridad, van creando esta perpetua sorpresa. De pronto, una adjetivación insólita, un esguince que nos deja burlados cuando anticipábamos lógica y erróneamente la cadencia terminal de la frase. El humor, que palpita subterráneamente en la obra de este poeta, va escalonando las piedras de sorpresa en las que tropezamos inesperadamente, y perdemos la gravedad. Gerardo Diego pasea a lo largo del camino no un espejo, sino un diamante que descompone la realidad sobre sus mil facetas. Su maestría técnica arranca chispas a las palabras, haciendo entrar en colisión a las que nunca estuvieron juntas. Una parte de su virtuosismo, heredero del modernismo literario, le arrastra a la "rima rica". Y entonces resuelve los versos con invenciones insospechadas, con bellezas sorprendentes. Esta dificultad de la "rima rica", que en tantos es el Bautista del ripio, en Gerardo Diego es fuente de nuevos hallazgos poéticos.

Todas las peculiaridades de nuestro poeta, tan nuevo siempre y tan igual a sí mismo, aparecen en este último libro suyo. Temas diversos, tonalidades que abarcan desde el garbo—románico—de una canción al poema de gran aliento, como el dedicado a Miró, sin olvidar el acento amoroso, la armonía debussyana de un ángel, se entremezclan en este vario *Paisaje con figuras* con que nos regala el maestro Gerardo Diego.

José Hierro.

LA VIDA MISMA, *Juan Ruiz Peña*. "Insula". Madrid, 1956.

Hay en todas las épocas una poesía que se produce al margen, voluntariamente desentendida de la estética presente, en la que a veces tantos valores naufragan; una poesía que cumple fielmente la necesidad de ligazón con lo que nos ha precedido, y que suele ser realizada por hombres física y espiritualmente apartados. No sé si cabe embarcarse en distinciones entre lo circunstancial y lo eterno, cuando todo es lo mismo si le acompaña la calidad. Ruiz Peña no ha buscado nunca novedades, ni en su temática ni en su realización, ateniéndose a la gran escuela de la sencillez. A las verdades viejas que no se gastan, de manera sobria y leve. No sobran palabras en sus versos, desnudamente concentrados, y, como en todos los líricos de su cuerda, bajo amenaza de opacidad a poco que falle su estructura mínima. De todas maneras, es esto preferible a la retórica que ha desolado y aún asuela nuestro español terreno.

La vida misma. La mismidad frente, junto, con la Naturaleza. Un propósito de acompasar ritmo íntimo y ritmo temporal, estación a

estación. Este libro es un transcurrir esencializado. El poeta lo dice así:

En ti, Naturaleza,
mudable como el tiempo
alguien que sufre y cambia
animal triste el hombre.

Triste de cabo a rabo este hombre Ruiz Peña. Me apresuro a marcar su ascendencia becqueriana, depurada al pasar por Antonio Machado. Una vez más se da el caso del andaluz a quien Castilla impregna, aunque ello sea accesorio para lo que me interesa decir brevemente. Y es: su actitud ante la Naturaleza tiene una finura de expresión y de sentimiento, mantenida con una dulce monotonía, salvada de una fácil tentación panteísta. Pero, sí, centrada en el abrazo entre ser y cosas:

¿Sabes que un día
jugo palpitarás por esa hierba
que en torno a ti murmura?

También:

Es tu carne ya musgo que se extiende.

Elementos post-románticos, sin mezcla de griterío alguno, que en las formas breves—rima casi por completo—salen ganancioso. Queda elegante, contenido, el lamento, la alegría, el paso. El tiempo ayuda a que el nombre se descubra.

Como en esta "Canción de un día de invierno":

Cesa la vida: el hombre está cansado.
Como arbolillo soy que en el invierno
tiembla de soledad.

Hay muchas canciones en el libro, lo cual ya nos dice bastante sobre su gusto por lo suave, por lo que no acaba de exprimirse. La nieve ha motivado las más interesantes páginas de *La vida misma.* Nieve en el alba, en tarde, en voz, en viento, cayendo sobre él, promoviéndole preguntas:

La nieve, afuera, cae
muy lenta.
Te vas hacia el espejo,
te interrogas tú mismo,
diciendo: ¿Quién soy?"
Pero esa voz es otra.

Y es la misma, sin apenas oscilaciones, sin levantarla nunca, delicada. Como dije al principio, un tanto al margen, menor pero suya.

Buena la edición de "Ínsula".

JIMÉNEZ MARTOS.

PIEDRA MAYOR, *Joaquín Fernández.* "Ágora". Madrid, 1956.

Desde Ávila, su amurallada ciudad, Joaquín Fernández, director de la revista poética *El Cobaya,* ha ido amurallando sus sensaciones con la cantera de su *Piedra mayor.* Este primer libro de Fernández es sólido como su título y, a veces, quizá resulte excesivamente duro y lleno de aristas. En el catálogo de obras publicadas en la Colección "Ágora", se insertan tres *primeros* libros de poetas ya conocidos por revistas y publicaciones: Manuel Alcántara, José María Requena y Joaquín Fernández. Estos tres poetas han constituído tres revelaciones. De ellos, quizá sea Requena la voz más personal y la de Alcántara la más sabia e intuitivamente poética. De su libro *Manera de si-*

lencio ha sacado Joaquín Fernández el módulo para el ensamblaje y apoyo de su arquitectura verbal. Es completamente legítimo el tomar como muestra un procedimiento si el contenido y el objetivo lírico del poeta son ajenos y distintos. Por lo demás, la similitud es escasa entre estos dos poetas. Las dos determinantes de Alcántara son su elegante gracia andaluza, fluyente y clara, y la incorporación a sus versos de giros y frases populares. En el caso de Fernández, su peculiaridad es, precisamente, su castellanía, esa voz de piedra hermética, ese cuño viril que todo lo traza, más que dibujo, que todo lo distribuye sin sombras, esfumaciones ni claroscuros. Fernández es, un poco, en función de su poesía, lo que Vázquez Díaz en su pintura, algo glauco e incoloro, pero fortaleciente y vigoroso.

Reconozcamos en su primer intento un claro conocimiento del oficio, una habilidad y un poder de asimilación poética de los temas que trata, que nos hacen presumir que muy pronto Joaquín Fernández nos dará sucesivos libros absolutamente conscientes de todas las exigencias de esta ardua misión que es la poesía. Basta un botón de muestra para la confirmación de cuanto queda escrito, y para ello transcribo los dos tercetos del soneto titulado "Albañil", que dedica a Eladio Cabañero, otro poeta nuevo y pujante que ha de tenerse en cuenta en esta última etapa:

Pon tú la cal y yo pondré la arena,
porque de arena soy y me da pena
irme de aquí con tanta que me sobra.
Porque somos de barros y barruntos,
porque al final iremos, los dos juntos,
a tragarnos el polvo de la Obra.

José Gerardo Manrique de Lara.

AVENTURA. *Luis López Anglada.* Madrid. Col. "Adonais". 1956.

Si un poeta ha publicado ocho libros como López Anglada, a la hora de encararse con el último que nos entregue hay que atenerse ya a una particular conducta, hay que resumirlos y apretarlos si queremos ser no sólo justos ya, sino claros y hacer sobre el libro un rápido comentario. Así en este caso.

Aunque el capitán Anglada sea uno de los más perfectos escuderos de Garcilaso—quizá el más animoso de todos—, con no ser poco, no queda ahí su razón poética, como muchos pudieran creer. Por eso, importa decir que *Aventura* es un bueno, honrado y claro libro que responde a una particular y esperanzadora forma de valorar la vida y que continúa una obra cuyas constantes y creencias siguen izadas, positivas. Anglada es de los que pueden decir con toda suerte de justificaciones:

...al que le ponga música y amor a la
[palabra
y quite los cerrojos a las puertas del cielo.

Dos versos del poema "Milagro" que para muchos poetas de hoy les pueden parecer un lujo.

No sólo de pan vive el hombre y no sólo de poesía a lo social se nutre el espontáneo lector. Sin otras exigencias, nuestro poeta escribió *Elegías del capitán,* y con parecidas miras ha allegado los poemas que componen *Aventura.* Una

aventura por las geografías del alma y por su corazón abierto; y una aventura también por la viajera geografía en éxitos por Hispanoamérica. De este libro nos gusta, en particular, el final del soneto al pintor Vela Zanetti:

José Vela Zanetti; aquí tu nombre.
Otros verán tu gloria. Yo vi un hombre
con el alma en la pena y la pintura.

Es un exacto remate de un generoso soneto en principio. Los sonetos son casi siempre lo más feliz de este libro, desde ese amoroso donde el endecasílabo discurre tan amablemente: "Quiero escribirte en verso y junto al río"... hasta ese de tipo testimonial o de reportaje dedicado al mendigo *Cirilón,* de Burgohondo; el que abre el libro titulado *Mandato,* donde se lee: "Ve luz el corazón y a ella se lanza / aunque luego la pena se lo lleve." La temática del libro es muy diversa, sin embargo. Junto a poemas que parecen continuar el hilo de *Elegías del capitán,* por ejemplo el titulado *Saliendo de la noche,* hay el titulado *Café de artistas,* que también cuadra a la pluma atenta y juglar de Anglada, aunque se independize y parezca como aislado, a pesar del carácter mixto del libro.

Poco más diré en tan breve comentario; sólo con lo ya apuntado, noto que el libro no tiene una decidida unidad: algunos poemas dan la sensación de haber sido acoplados, y si bien no hay en ello demasiado despropósito, sí se echa de ver. Pero, como al principio decíamos, al poeta, antes que por un libro, una colección de poemas, se le debe juzgar en bloque y en función de una dada, observada, línea de conducta.

ELADIO CABAÑERO.

COLECCIÓN ÁGORA

VOLÚMENES PUBLICADOS

1. Luis López Anglada: *ELEGÍAS DEL CAPITÁN* *. Agotado.
2. Leopoldo de Luis: *EL EXTRAÑO* **. Agotado.
3. Concha Lagos: *LOS OBSTÁCULOS* *. Agotado.
4. José García Nieto: *LA RED* (2.ª ed.) *** Premio Fastenrath.
5. Manuel Alcántara: *MANERA DE SILENCIO* (2.ª ed.) *. Agotado.
6. Gerardo Diego: *AMAZONA* (2.ª ed.) *** Premio Larragoiti.
7. José Luis Prado Nogueira: *ORATORIO DEL GUADARRAMA* *** Agotado.
8. José María Requena: *LA SANGRE POR LAS COSAS* **
9. Ángel Crespo: *TODO ESTÁ VIVO* **
10. Rafael Millán: *DE LA NIEBLA* ***
11. Joaquín Fernández: *PIEDRA MAYOR* **
12. José Gerardo Manrique de Lara: *ELEGÍAS Y GOZOS TEMPORALES* ***
13. Gabriel Celaya: *ENTREACTO* ****
14. R. M. Rilke: *CINCUENTA POESÍAS* ***** (Traducción y epílogo de José María Valverde).
15. Ricardo Molina: *ELEGÍA DE MEDINA AZAHARA* ***
16. Pilar Paz Pasamar: *DEL ABREVIADO MAR* ***

Precio del ejemplar: * 15 pts.; ** 20 pts.; *** 25 pts.; **** 35 pts.; ***** 45 pts.

Próximamente aparecerán en nuestra Colección:

Vicente Aleixandre

José Hierro

Pablo García Baena

Celia Viñas

Adriano del Valle

Salustiano Masó

Victoriano Crémer

José Carlos Gallardo

Concha Zardoya

Claudio Rodríguez

José Angel Valente

Rafael Laffón



PUBLICACIONES RECIBIDAS

LIBROS Y FOLLETOS:

POESÍA DEL MOMENTO, *José Hierro*. Colección "Más Allá". Afrodisio Aguado. Madrid, 1957.

FÁBULAS CON DIOS AL FONDO, *José Luis Martín Descalzo*. Colección "Estría". Barcelona, 1957.

PEQUEÑA ANTOLOGÍA POÉTICA, *Gabriel Celaya*. Colección "La Cigarra". Santander, 1957.

CUENTOS CON ALGÚN AMOR, *Medardo Fraile*. Madrid.

ÚLTIMAS PRIMAVERAS, *Álvaro Cornide Ferrant*. Ediciones "Ágora". Madrid, 1957.

SOBRE LA PIEL DEL MUNDO, *Jorge Ferrer Vidal-Turull*. (Premio "Leopoldo Alas"), 1956.

UNO QUE PASABA, *Mariano Roldán*. "Alcaraván". Arcos de la Frontera, 1957.

ANTOLOGÍA DE LA TABLA REDONDA DE LA POESÍA. Colegio Mayor del S. E. U. "Julio Ruiz de Alda". Murcia, 1957.

ASCANIO o LIBRO DE LAS FLORES, *Fernando Quiñones*. Colección "A quien conmigo va". Málaga, 1957.

EL POETA ADRIANO DEL VALLE, *Pedro Raida*. Madrid, 1957.

POR UN MUNDO MEJOR, ESCRIBIR Y ESCRIBIR EN ALEGRÍA DE DIOS, *Pedro Raida*. Madrid, 1957.

CANCIONERO DE LAREDO, *Luis Felipe Vivanco*. "Cuadernos Hispanoamericanos". (Separata del número 86, febrero 1957). Madrid.

LA TIERRA, *Ramón Nieto*. Ediciones "Ágora". Madrid, 1957.

HISTORIAS DE CADA DÍA, *José Amillo*. Santander, 1957.

BRAZO DE NIEBLA, *Aurora de Albornoz*. Santander, 1957.

DESPUÉS DE TODO, *Carlos Puchy de Morales*.

REVISTAS:

CARACOLA, 56, 57, Málaga; ÍNSULA, 125, 126, Madrid; URIEL, 7, Santo Domingo de la Calzada; EL MOLINO DE PAPEL, 10, Cuenca; PIEDRALAVES, 3, Piedralaves; MALVARROSA, 23, Valencia; VÉRTICE, 163, Lisboa; MISCELÁNEA "UNIVERSITAS", Facultad de Filosofía y Letras de Sao Paulo; AINE, 19, Caracas; UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA, 124, 125, 126, 127, Medellín; CALETA, Cádiz; ROCAMADOR, 10, Palencia; LAUREL, 2, 3, 4, Córdoba (Argentina). EUTERPE, 29, San Martín, Buenos Aires.—*LA BALLENA*, 3, Barcelona.

Gráficas ORBE, S. L.—Padilla, 82.—Teléf. 26 12 34.—MADRID.


ÁGORA